

LA NUEVA GENERACIÓN

La nueva generación sabe que ha de hacer algo y que, ante todo, ha de deshacer mucho. Y si no se pone, desde luego, manos a la obra en punto a lo de deshacer, es que, a la verdad, no está segura de lo que debe edificar en substitución de aquello que se siente dispuesta a destruir.

He aquí las consideraciones que el actual estado de los espíritus sugiere a un periodista francés. “El mundo, en este

fin de siglo, se halla completamente falto de ideas generales, y sólo por ideas generales ha progresado siempre la Humanidad. Un fenómeno que todo lo domina es que las sociedades sólo han encontrado el orden necesario a su existencia en una idea universalmente aceptada, la cual, en su expansión, creaba un organismo bastante fuerte para resistir por largo tiempo todos los embates. Hubo un mundo helénico, un mundo latino, un mundo cristiano, un mundo feudal... Cada uno de estos mundos fundaba su fuerza en una idea, en una concepción de la vida. ¿Qué concepción existe hoy para dar fuerza a un pueblo o a una raza? Todas las ideas antiguas se desmoronan y desaparecen, y no queda en pie más que una vaga idea de justicia social. Pero esta idea, nacida de una concepción materialista de la vida, está todavía sin fuerza y no ofrece grandes esperanzas, porque se ciñe a una mera distribución de bienes e ignora el sacrificio al ideal y a la jerarquía, sin los cuales nada bueno pudieron nunca hacer los hombres para los hombres.”

Efectivamente, el momento actual del pensamiento joven es, en apariencia, poco menos que el de un verdadero nihilismo.

“Cuando de aquí a dos o tres siglos —nos decía uno de los más autorizados representantes de aquel pensamiento entre nosotros— se estudie nuestra época, y se vea por qué hombres y por qué sistemas nos hemos dejado gobernar políticamente, nuestros descendientes o se resistirán a dar fe a la evidencia histórica, o formarán de nosotros pobrísima idea.”

Pocas almas jóvenes dejarán de adherirse a esa triste reflexión, y menos aún las habrá que, por evidentes, por entusiastas que sean, osen dar un paso más adelante para afirmar concretamente su fe en hombres y en sistemas que puedan ventajosamente substituir a los que dan materia a juicios tan amargos.

No faltan temperamentos generosos que, por una especie de pudor moral, se indignan de la acusación de falta de ideales lanzada contra las nuevas gene-

raciones, y afirman valientemente la existencia de un gran ideal... latente en nosotros. Tal afirmación, sana y profunda, es nuestro único orgullo, nuestra defensa. No; no debémos sufrir, que porque no acertemos a condensar nuestras aspiraciones y nuestros anhelos en una palabra como la de *razón*, que empequeñecieron nuestros abuelos, o la de *libertad*, que han desacreditado nuestros padres, se nos tenga por espíritus apagados, por pozos secos, por perdurablemente ineptos e impotentes. No; mucho sentimos vibrar y moverse en nosotros, mucho anhelamos y presentimos, mucho tenemos que decir y mucho *podemos* hacer. Si lo diremos nosotros con nuestra propia terminología, si lo haremos nosotros con nuestras propias manos, no lo sabemos ni importa gran cosa; porque sentimos bien intensamente que nuestra infabilidad no es infecunda, que llevamos en nosotros gérmenes de grandes ideales y de poderosas energías, y que aun cuando sean los futuros hombres quienes hagan las futuras cosas, estas cosas serán también algo nuestro, porque aquellos hombres serán mucho de nosotros mismos. “La flor de la vida —dice Goethe— apenas tiene color ni forma; pero los opulentos racimos de uvas maduras y jugosas son deleite de los dioses y de los hombres.” Aun estas mismas voces de negación, cuyos ecos se hablan y responden de uno a otro ámbito del mundo político moderno, y que son la más explícita condena de muerte de los actuales sistemas de Gobierno, ¿cabe reputarlas estériles? ¿Cabe desconocer su significación?

Últimamente en Francia MM. Benoist y Lamy han hablado en nombre de la *nueva generación*, y han reivindicado para ella el derecho de comprender y servir a la República de manera distinta que sus hombres actuales, empezando por la más rotunda negación de los dos principios capitales que han inspirado el régimen político francés en la presente época: el principio antirreligioso y el sistema de adulación a las masas. Monsieur Lamy ha presentado a los jóvenes de hoy como considerando con gran respeto las creencias religiosas de sus con-

ciudadanos, y como hostiles a toda manifestación de espíritu sectario: esto aun aquéllos cuya fe religiosa es vaga o poco determinada, pero que, sabiendo sentir bien, comprenden lo sagrado y augusto de las cosas del alma y de la conciencia y el ningún derecho del poder político a entrometerse en ellas. Y en seguida ha increpado severamente a los actuales republicanos por no haberse preocupado ni un solo momento con sinceridad y desinterés del problema social; por haber endilgado sin reflexión ni estudio unas cuantas leyes con tendencias más o menos socialistas, con la exclusiva e interesada mira de atraerse la masa obrera como fuerza política; para explotar sus votos a cambio de satisfacciones engañosas y tal vez perjudiciales para todos. Mientras que a los jóvenes les interesa la cuestión social por sí misma, y la estudian teóricamente sin prevención alguna y prácticamente en la misma vida del pueblo con verdadero amor.

Esta amplitud, esta indulgencia intelectual, este considerar con amor la vida en todas sus realidades, es verdaderamente el signo moderno. Y no hay que tomar esta amplitud y este amor por cualidades pasivas o de negación. La mejor prueba de que no son tales, de que contienen un principio activo y poderoso, es la rapidez con que gastan, corroen y aniquilan cuanto tocan, cuando el objeto del contacto no les es asimilable o les es contrario. Un literato español que siente en alto grado lo moderno dice en el prólogo de una traducción castellana de *Los Héroes* de Carlyle: "Lo diré con franqueza: la filosofía de Taine, aunque muy respetable, ha envejecido más con su claridad y minucioso examen de las apariencias y sus nombres, que las intuiciones poderosas y profundas de lo que se llama el misticismo de Carlyle." ¿No hay algo en esta afirmación que responde, aunque en un orden exteriormente distinto, a los ideales o, mejor dicho, contraideales políticos de M. Lamy?

Pues bien, de Italia nos viene otra voz no menos significativa que en un periódico redactado por un grupo de jó-

venes emprendedores que buscan orientación deplora —a propósito de la crisis que Italia está atravesando— el imperio político de “una mesocracia sin idealidad, cuya base es un parlamentarismo *piatto*”. Y al hablar de ellos y de la mentada crisis, añade un articulista de la *Nuova Antologia*: “Una cosa urge principalmente, y es no mecerse en la ilusión de que un país pueda levantarse dentro del sistema a que debe su parábola descendente. Urge que el pueblo y el soberano adviertan acordes la gravedad de la crisis y salven a Italia de la terrible duda de si en un estado las libertades políticas sólo pueden vivir a expensas de las virtudes públicas.”

Voces de negación por todas partes, voces de duda de todas las juventudes, como saludando la aparición del gran problema moderno que se va levantando imponente y que Guyau, el maestro de los jóvenes, ha planteado en estos términos: “El equilibrio, la conciliación de la individualidad siempre creciente, con el sentimiento de la solidaridad que va creciendo cada vez más.”

Ante la majestad de este nuevo mundo de ideas, cuyos polos parecen ser el socialismo y el anarquismo, hay más sinceridad y más promesas en las dudas e inquietudes de los jóvenes, que en las escépticas o estériles afirmaciones de los que todavía tienen en sus manos el fantasma del poder social; así como en aquellos paganos que adoraban y sacrificaban ante unas figuras de dioses en quienes no creían, había un espíritu menos religioso y fecundo que en los que levantaron un altar vacío y le pusieron esta inscripción: *Deo Ignoto*.